

Marcos Históricos imperiales

Íliber Ensemble y Tonos y Ayres reinterpretaron el legado oriental de Diego de Pantoja con un recital cargado de complicidad

JAVIER FLOR



Un día de abril de 1571 nació Diego de Pantoja –músico y jesuita, un poco español, un poco chino– en Valdemoro (Madrid). Cuentan las crónicas que fue bautizado en la iglesia de La Asunción del lugar, una advocación que 451 años más tarde parece que le persigue cuando su vida y su legado fue presentado el pasado martes en otro templo de La Asunción, Torrelavega (Cantabria), por dos grupos de artistas españoles que han podido entrar en la Ciudad Prohibida de Pekín con sus instrumentos. Estreno absoluto de músicas sino-europeas de los

siglos XVII y XVIII en los Marcos Históricos del FIS.

El programa del quinteto de los granadinos Íliber Ensemble dirigidos por Darío Tamayo y el dúo de gente más noroeste Todos los Tonos y Ayres giró en torno a lo que ocurrió en las tierras y palacio del emperador Wanli (1563-1620). Diego de Pantoja, misionero viajero, llevó en 1601 varios regalos que Wanli estimó tanto que permitió que un monocordio (clave) sonara en la Ciudad Prohibida y que cuatro músicos chinos aprendieran su uso. La fusión de sonidos estaba hecha y durante dos siglos perduraron en



Íliber Ensemble y Tonos y Ayres. LUIS PALOMEQUE

una música religiosa sino-europea intercultural o en «divertimentos» chinos celebrando llegadas de primavera antes que Vivaldi.

Ambientados con ropajes asiáticos, los siete músicos empezaron a alegrar la noche con un motete de un compositor

contemporáneo de Pantoja para pasar a dos alborozados villancicos cantados por la bella voz llena de matices de Abigail Horro. El ambiente estaba creado y no sorprendía un Liangshan (Gloria in excelsis Deo) cantado en chino, con el erhu –especie de violín de dos

cuerdas– como acompañante. El maridaje saltaba de sonatas al estilo europeo a canciones de base pentatónica que evocaban paisajes orientales. Dialogaban voces e instrumentos, con un guzhen (especie de guitarra china) tañido con delicadeza por el bilbaíno –casi chino– Rubén García Benito o las percusiones de Luis Vives indicando tiempos piadosos.

Una noche para disfrutar de unos músicos entusiasmados, llenos de miradas cómplices y explicaciones pertinentes. Hay mucha investigación detrás de lo que se escuchó, incluido el final apoteósico donde una pieza de Rameau –‘Les sauvages’– debió retumbar en medio del Pekín imperial de 1728. Antes, Rubén asombró con un canto mongol gutural salido de las entrañas. Un bis –‘A chinese air’ (1757)– terminó de ejemplificar tiempos en los que Oriente y Occidente se escuchaban. Un lujo asiático ofrecido por jóvenes músicos que construyen espacios sonoros de calidad, insólitos y llenos de prodigios.